revista

f@ro

Vol. 1. N°28 (II Semestre 2018) – Faro Fractal

Págs. 67 a 85

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Playa Ancha

Valparaíso, Chile | e-ISSN 0718-4018

<http://www.revistafaro.cl>

El Mayo francés y el diseño constitucional del Siglo XX.
May 1968 in France and the Constitutional Design of the 20th Century.

Francisco Baez Urbina¹
Universidad de Playa Ancha
francisco.baez@upla.cl

Recibido: 24 de Abril del 2018
Aceptado: 23 de Noviembre del 2018

Resumen • El texto responde a la pregunta por la naturaleza socio política del Mayo Francés. Contiene una reflexión sobre el trasfondo institucional y constitucional en el que dichos movimientos tienen cabida. La línea argumental gira en torno a la idea de que, dadas ciertas condiciones y elementos de contexto político y cultural específicos y determinados, más que un movimiento estudiantil de carácter anarquista, el Mayo francés responde al inicio de la ruptura del consenso de post guerra conseguido entre capital y trabajo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (acuerdos de estabilización del capitalismo industrial centrados en Bretton Woods).

Palabras clave • Diseño institucional, acción colectiva, democracia.

¹ Doctor en Sociología Universidad Autónoma de Barcelona.

Abstract • The text attempts to answer the question relating to the socio-political nature of May 1968 Events in France. It contains a reflection on the institutional and constitutional background in which these movements may have a place. We put forward the argument that, given certain conditions and elements of a specific political and cultural context, more than an anarchist student movement, the Events respond to the beginning of the breakup of the post Second World War consensus achieved between capital and labor (agreements of stabilization of industrial capitalism centered on Bretton Woods).

Key Words • Institutional design, collective action, democracy.

1. Introducción.

El llamado Mayo francés -o Mayo del 68- fue un conjunto de actos de movilización estudiantil y obrera desarrollados en la capital francesa pero que en realidad agrupan una amplia gama de hechos políticos que se desarrollan en un amplio conjunto de países de la economía occidental. En ese sentido, conjunta a fenómenos de protesta que se extienden en la República Federal de Alemania, en Suiza, Italia, España, Checoslovaquia, EEUU, México, Argentina y Uruguay. Se gesta como conjunto de reacciones sociales más o menos organizadas frente a las condiciones tanto materiales como inmateriales que vive y experimenta la población trabajadora a fines de la década de los años 60. Todo esto, en el contexto de crisis del capitalismo tardo *fordista* y de comienzo del fin del arreglo institucional de post guerra que define y blinda los acuerdos políticos generales entre capital y trabajo.

El presente artículo contiene una reflexión socio histórica respecto del trasfondo institucional y constitucional (o contra institucional o contra

constitucional) en el que dicho conjunto de movimientos tiene cabida, es decir, se constituye a partir del contexto institucional que da soporte y sentido a las luchas de los actores en conflicto, a saber, estudiantes y trabajadores, por un lado, y el capital organizado, por otro. Se parte del supuesto de la idea de generación de constituciones, es decir, de que los arreglos institucionales nacionales pueden leerse en clave internacional; y que los actores sociales nacionales presentes en las luchas referidas presentan características similares, por lo tanto, son conflictos políticos nacionales que responden a conflictos de escena mundial. Como podemos apreciar, es sociología institucional.

La línea argumental se define a partir de la idea de que, dadas ciertas condiciones y elementos de contexto político y cultural específicos y determinados, más que un movimiento estudiantil de carácter anarquista (que también lo fue), el Mayo francés responde al inicio de la ruptura del consenso de post guerra conseguido entre capital y trabajo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (acuerdos de estabilización del capitalismo industrial centrados en los acuerdos internacionales de Bretton Woods)². Dicho acuerdo correspondía a un *trade off* que comprometía, por un lado, la renuncia -por parte del mundo del trabajo organizado- a la democracia dentro de la empresa, y por otro lado, la provisión -por parte del gran empresariado- de bienestar social blindado constitucionalmente. Es decir, a fin de la Segunda Guerra Mundial se había pasado del consenso de entre guerras, que era más democrático pero políticamente inestable (era más <revolucionario> socialmente hablando), a un consenso más ortodoxo pero que daba más gobernabilidad y estabilidad política al patrón de acumulación capitalista y al sistema económico industrial mundial. En ese

² Conferencias realizadas el año 1944 en EEUU que definen las nuevas reglas del juego de la economía mundial entre los países industrializados tras el triunfo de los países aliados en la Segunda Guerra Mundial. Su objetivo era des mundializar el capitalismo especulativo que había generado la crisis de 1929. Teniendo a la economía norteamericana como eje de este nuevo orden mundial, estaban centrados en la promoción de una política del intercambio económico mundial regulado que usa al dólar estadounidense como moneda de referencia internacional (patrón oro). Algunas de las políticas adoptadas pueden considerarse, utilizando la metáfora keynesiana, como parte de la llamada <eutanasia del rentista>. Dicho nuevo orden creará además a instituciones como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional.

contexto, el Mayo francés representará el auge o ascenso de la lucha de clases en el período (había que avanzar más), y marcará el inicio del fin de una etapa de estabilidad política y económica importante en la historia del capitalismo mundial, etapa que, de hecho, será recordada -hasta el día de hoy- como la era de oro del capitalismo. En ese sentido, pese a la multi dimensionalidad que demanda cualquier estudio serio sobre un fenómeno histórico político específico, acá nos centraremos exclusivamente en el entorno institucional constitutivo del Mayo francés, entendido este como un hecho político total.

En lo que sigue, revisaremos la evolución del diseño constitucional global durante el Siglo XX, para luego profundizar en el sentido institucional y contra institucional que para nosotros tiene recordar el Mayo francés. Se cierra con algunas reflexiones finales a modo de conclusiones y con la bibliografía utilizada.

2. La involución democrática del diseño constitucional del Siglo XX.

Como sabemos, por un lado, no hay juego sin reglas, y, por otro, los derechos sociales y democráticos realmente existentes, y que son el resultado de encarnizadas luchas anti hegemónicas que han tenido como oponente siempre a la facticidad del poder oligárquico, pueden ser ordenadas en generaciones. En este sentido, es posible contar una historia de los flujos democratizadores, como también de los reflujos des democratizadores (trayendo a colación el concepto de Wendy Brown). Desde la antigua Grecia que el concepto esencial de democracia (el gobierno de los pobres libres) y el de libertad (la libertad material y constitutiva) vienen, con altos y bajos, diluyéndose o perdiendo protagonismo dentro del lenguaje y la práctica política, cediendo peso esencial frente a consideraciones de tipo oligárquico, despótico o tecnocrático. De esta manera, el sentido original de democracia, tras altos y bajos, ha venido cediendo protagonismo frente a nociones como la de República (más o menos conservadora o liberal) o a la de Constitución

mixta, situación que no ha impedido que en los últimos tres siglos surgieran y persistieran constantes luchas políticas anti oligárquicas que pueden ser consideradas como la prolongación del viejo ideal democratizador: la democracia económica basada en la libertad material y el control político democrático a las élites (léase toda la economía política inglesa o la vieja tradición republicana de donde arranca la tradición socialista, p. e.). Así, las luchas modernas por la democratización de las relaciones sociales, vienen expresando desde hace siglos una serie de tensiones históricas antagónicas que remiten a la idea de cómo se gobierna y para quienes se gobierna. En este sentido, el diseño de las reglas del juego para los sistemas de intercambio entre particulares se constituye siempre sobre la base de la disputa entre distintas oposiciones: integración y exclusión (o incluso expulsión), igualdad y desigualdad, concentración o distribución del poder, el gobierno de todos, de pocos, de la mayoría, etc. Y esto, siempre podrá expresarse en las diferentes conjugaciones que ofrecen los diseños políticos disponibles: más o menos verticales (oligárquicos, elitistas, despóticos o autoritarios), más o menos horizontales (democráticos o republicanos) (Pisarello, 2011).

a) Las constituciones sociales republicanas del período de entreguerras.

Dicho lo anterior, debemos partir señalando que a nivel mundial las constituciones republicanas de entreguerras expandieron el concepto de democracia y de los derechos humanos universales provenientes del iusnaturalismo revolucionario medieval tardío (Pisarello, 2011). Y esto por las presiones y sociales políticas en ascenso del período comprendido entre la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial. Dicho constitucionalismo de cuño emancipatorio se inspiró en la Constitución inglesa de 1648, en la Constitución norteamericana de 1776, y en la Constitución de la Primera República Francesa, sobre todo, en su etapa jacobina (entre 1792 y 1795). Eran diseños constitucionales contruidos a partir de las posibilidades constituyentes del cuarto Estado, y de categorías histórico - políticas sustantivas alternativas al utilitarismo como la economía moral de la

multitud de E. P. Thompson o la economía política popular de Robespierre y el partido de la montaña. Cuando la Primera Guerra Mundial pone en crisis al capitalismo liberal, financiarizado, imperialista y belicista de la *Belle Epoque*, también desata una fuerte ola de revueltas populares y obreras que son canalizadas institucionalmente, por vía reformista, como en algunos países de la Europa continental, o por vía revolucionaria, como en algunos países en donde la propiedad estaba demasiado concentrada o donde la represión por parte del Estado era demasiado excesiva. La revolución mexicana iniciada en 1910, la revolución rusa y la revolución china de 1911 datan del período. Dentro de ellas, en América Latina la revolución mexicana se inscribe en la tradición republicano - democrática de la Revolución Francesa de 1789. Ejemplo de ello es su Artículo N° 5: 'sobre la necesaria intervención reequilibradora del aparato estatal en las relaciones laborales', pero también el famoso y paradigmático Artículo N° 27 'sobre la limitación a la propiedad privada por interés público o social previendo la expropiación, que consideraba la reforma agraria e incluía la anulación de actos que implicasen el acaparamiento de bienes como tierras, aguas y riquezas naturales'. El artículo N° 123, que complementaba el Artículo N° 5, limitó la jornada laboral y los trabajos extraordinarios dictando regulaciones en cuanto a descansos, salarios, participación de obreros en utilidades de las empresas, indemnizaciones en casos de accidente, protección de la mujer y del menor obrero, jurisdicción laboral, reglas sobre despido, irrenunciabilidad de los derechos de los trabajadores, seguridad social, etc.). Si bien este tipo de regulaciones no eran parte de un cuerpo constitucional de carácter socialista, reconocían un amplio conjunto de derechos sociales que conciliaban derechos del trabajo con derechos del capital. De esta etapa de auge generalizado de demandas y luchas sociales, también podemos mencionar, por ejemplo, la primera Constitución soviética de Junio de 1918 (que también puede reconocerse como heredera de la revolución francesa), la Constitución húngara de 1919 fundada en la soviética, la Constitución de Weimar en Alemania, la Constitución austríaca de 1920, la Constitución de la Segunda República española, o incluso la Constitución chilena del año 1925. Así, un conjunto

importante de movimientos sociales y políticos provenientes de tradiciones republicanas, socialistas, comunistas e incluso libertarias de corte anarquistas (anarco sindicalistas), propias de la organización obrera y popular del período se concibieron así mismas como herederas del ideal democrático republicano democrático concebido como un movimiento progresista universal que aspiraba 'al autogobierno fraterno de los productores libres' (Pisarello, 2011).

Muchas experiencias de conformación de diseños institucionales democráticos intentaron consolidarse en las economías capitalistas centrales y periféricas, y muchas de ellas fueron vistas como elevadas expresiones de una concepción de la democracia que pretendía ser política pero también social (saliendo del encuadre de la libertad isonómica del liberalismo). Todas estas experiencias reflejaron el intento de los sectores populares (clases trabajadoras y ciertos sectores medios), de imponer por distintas vías regímenes políticos orientados a democratizar la vida política y económica fuera y dentro de la fábrica, y de poner en crisis al capitalismo rentista y especulativo de la *Belle Epoque*. No obstante, este impulso democratizador radical terminará de cierta manera eclipsado por fenómenos políticos anti democráticos y totalitarios como el nazismo en Alemania, el fascismo en Italia y el estalinismo en la Unión Soviética. De esta forma, todo este constitucionalismo de orden social de comienzos del siglo, todas estas experiencias de desarrollo constitucional social, popular y jacobina centradas en la construcción de un Estado social de derecho de impronta republicana se ven eclipsadas. En definitiva, todo este constitucionalismo revolucionario de principios de siglo y que se había constituido bajo la posibilidad de actualizar, proyectar y consolidar el viejo proyecto republicano democrático fracasa en lo sustantivo, cerrando -en el contexto de un tipo de capitalismo financiero, imperialista y belicista- un socialmente potente ciclo de apertura y democratización de las relaciones sociales al interior y fuera de la empresa gran capitalista.

b) Las constituciones sociales del período de postguerra.

A diferencia del constitucionalismo anterior, el de postguerra se construiría sobre pretensiones políticas más socialmente integradoras, que revolucionarias o emancipatorias. Su objetivo fue el de regular el capitalismo liberal pero sin superar la lógica de acumulación económica que de priva a las grandes mayorías. De esta manera, intentó garantizar un cierto nivel de seguridad social a cambio de desactivar la condición política del trabajo organizado, provocando un déficit en las expectativas democráticas de los sectores bajos y medios. Así, se configura el contrato social de posguerra: el capital acepta distribuir socialmente parte de los excedentes de la producción industrial a través de políticas fiscales basadas en el reconocimiento de ciertos derechos económicos y sociales, comprometiéndose también a aceptar relaciones sindicales permanentes al interior de la empresa gran capitalista pero despolitizadas. A cambio de ello, el sector trabajo renuncia a la superación de la lógica de acumulación liderada por el capital y a la democracia industrial, lo que supone la moderación del conflicto social y el respeto a la estructura de propiedad privada vigente. En lo fundamental, el contrato social de post guerra entre capital y trabajo consistirá en aquello, y el tipo de carta magna que le dará soporte será una Constitución social mixta pero políticamente moderada, donde el principio democrático -reconvertido en mecanismo de recambio de élites- no conseguirá una posición dominante respecto del componente oligárquico.

De esta manera, y para la comprensión del presente texto, es conveniente decir que el consenso del bienestar de los años 50 y 60 -blindado constitucionalmente- puede entenderse a partir de una serie de antecedentes que nos hablan de la arquitectura institucional mundial del período: En 1944, por ejemplo, se dicta en EEUU la primera Declaración internacional de derechos con vocación de universalidad, en el mismo año se firman los acuerdos de Bretton Woods, en 1945 se crean las Naciones Unidas, y en 1948 se firma la carta fundamental de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (cuya principal intención era la de bloquear la

reaparición del nazismo y del fascismo, y de recuperar, tras 150 años, el sentido profundo de los derechos humanos universales y genéricos.³

En América Latina, en ese escenario, pues, de grandes guerras y de contienda social, política y económica de alta complejidad, es que se generan las condiciones para un nuevo pacto social. Intentos reformistas importantes en América Latina los podemos encontrar, por ejemplo, ya en la profundización de los contenidos de la constitución mexicano-jacobina del año 1917, la Constitución chilena de 1925, en las constituciones socialdemócratas *battlistas* uruguayas de los años 1934, 1938 y 1942, en la reactivación y en algunos elementos reformistas mezclados con populismo y nacionalismo propios de la Constitución del 1949 en Argentina, o en el nacionalismo corporativista característicos de las Constituciones de los años 1934 y 1937 en Brasil. En tal contexto, en Chile, en medio de la llamada cuestión social, y pese a que el método de la asamblea constituyente de asalariados e intelectuales de 1925 no prospera, el ejecutivo, desde una comisión redactora observada y tutelada por los militares, aprueba un texto más bien cercano a los contenidos del modelo constitucionalista social europeo de entreguerras que a los de postguerra: Era la Constitución chilena de 1925 aprobada tras la reincorporación a la presidencia de Arturo Alessandri y vigente hasta el golpe de Estado del 73. Este texto era "un texto avanzado, no del todo sorprendente en un país que había conquistado el voto masculino universal y secreto en 1874, con anterioridad a otros países como Bélgica, Dinamarca, Noruega o Francia, que en 1932 llegó a proclamar una efímera República socialista, y unos años más tarde, vio surgir un gobierno de Frente Popular presidido por el radical Pedro Aguirre Cerda" (Pisarello, 2011:155). En ella, se crea un ejecutivo fuerte otorgándole al Estado un papel fundamental en el desarrollo político, económico, social y cultural del país. Consagra un Estado Social de Derecho que fue perfeccionándose durante la evolución política del país y hasta el año 1973. En sintonía con los textos constitucionales de comienzos de siglo, estableció la protección al trabajo, la protección a la industria y a la

³ Recordemos que tiene su origen en propuestas jacobinas de fines del XVIII.

previsión social, especialmente en lo referido a las condiciones básicas de reproducción de la vida de la comunidad política en un sentido universalista. Fue modificada en varias ocasiones durante la segunda mitad del siglo XX (años 1943, 1957, 1959, 1963, 1967, 1969, 1970 y 1971), como parte del propio proceso de despliegue de demandas del movimiento obrero y social frente al Estado. El último período político de dicho arreglo constitucional se correspondió con el proyecto chileno y allendista de transición democrática al socialismo (la Vía Chilena al Socialismo). Allende, que había sido anteriormente ministro del Frente Popular en los años 30, y apoyado por un conglomerado político de centro – izquierda, defendía un particular programa que ofrecía una vía reformista e institucionalista al socialismo democrático. Dicho programa incluía

la estatización de áreas clave de la economía, la nacionalización del cobre, la aceleración de la reforma agraria, y la expansión simultánea de derechos políticos y sociales básicos. Muchas de estas actuaciones se llevaron a cabo a través de los resquicios legales que ofrecía el Decreto Ley N° 520 que databa de la fugaz República Socialista de 1932 y que había caído en el olvido, a pesar de conservar valor legal (Pisarello, 2011:167).

El resto de la historia es historia conocida. En palabras de Pisarello, “al final el programa de la Unidad Popular, como otros programas republicano-democráticos en la historia, se estrelló contra un muro en el Poder Judicial, en la Administración y en el Ejército, todas piezas claves de un Estado con el que las oligarquías internas y externas probarían tener estrechos vínculos” (Pisarello, 2011:168). Las acusaciones de Allende contra el poder de las grandes corporaciones globales que vienen amenazando el poder y la autoridad pública de los Estados ante Naciones Unidas el año 1972, marcarán el escenario de crisis que se avecina: El golpe cívico militar de 1973 y la restauración liberal autoritaria de clase, es decir, el quiebre unilateral del contrato social de post guerra. “Estamos frente a un verdadero conflicto frontal entre las corporaciones transnacionales y los

Estados. Estos aparecen interferidos en sus decisiones fundamentales, políticas, económicas y militares, por organizaciones globales que no dependen de ningún Estado, y que en la suma de sus actividades no responden ni están fiscalizadas por ningún parlamento o ninguna institución representativa del interés colectivo. En una sola palabra, es toda la estructura política del mundo la que está siendo socavada", señalará Allende en el año 1972 con extraordinaria, premonitoria y potente claridad. No obstante ello, acá nos interesará recalcar la hipótesis de la extemporaneidad del texto respecto del período: De acuerdo a la visión republicano democrático actual, la Constitución chilena del 1925 representaba los contenidos esenciales del consenso republicano de entre guerras y no del de post guerra; y por tanto, ya era inconveniente a las necesidades propias del capital a fines de la década de 1960. (La crisis de acumulación de capital señalada por Harvey, 2007). En palabras de Antoni Domènech:

Chile y Argentina se configuraron políticamente en la era de la seguridad de un modo muy similar a los países europeos, con izquierdas políticas y movimientos sindicales homologables. Incluso después de la Gran Guerra, en los años veinte, Chile se dotó de una constitución republicana nueva, semejante en espíritu a las de la mayoría de los países europeo-continentales post monárquicos (...) Sin embargo, en la medida en que esos países quedaron intocados por la catástrofe europea de 1940-45 (...) no modificaron sus constituciones de anteguerra. Chile es un caso particularmente ejemplar: es en cierta medida el mantenimiento de su Constitución de 1925 lo que explica cosas como la particular vitalidad de su vida parlamentaria en los años 50 y 60, o el mantenimiento de una interesante y poderosa (...) ala izquierda en el partido socialista chileno (Altamirano), o, finalmente, la posibilidad de que se repitiera en Chile, como en la Europa de entreguerras, un experimento político de gobierno frente populista como el de la Unidad Popular de Salvador Allende en 1971. El golpe de Pinochet (...) abortó ese

experimento (...) En lo que tal vez se insiste menos es en el hecho de que la vuelta de las libertades políticas en Chile no vino de la mano de una restauración de la Constitución de 1925, sino de otra Constitución nueva, inspirada en 1980 por los colaboradores del General Pinochet. Y esa nueva Constitución (...) no se inspiraba ya para nada en el consenso de 1945, sino que, rompiendo con él, anticipaba el venidero "consenso de Washington": consagraba prácticamente la re absolutización de la empresa capitalista, blindando constitucionalmente (...) los esquemas neoliberales (...) algo pionero en el mundo (Domènech, en López de Arnal, 2003).

Frente a tal situación de restricción a las libertades de movilidad del capital y de ataque a la estructura de propiedad privada, la oligarquía mundial no podía aguantar tanta concesión al trabajo organizado y a las clases medias y populares que presionaban cada vez más fuerte desde una cultura demandante de Estado. El golpe cívico militar perpetrado en Chile el 11 de septiembre de 1973 marcará material e inmaterialmente el fin del período de la <eutanasia del rentista> -en palabras de Keynes-, y prácticamente se convertirá en un potente mensaje lanzado a las fuerzas sociales democratizadoras de todo el orbe. A partir de ahí, "la crítica igualitaria y democratizadora a los límites de las constituciones sociales (y socialistas) de posguerra, daría paso a un período de fuerte restauración liberal doctrinaria cuyo aleccionador Termidor había tenido en Chile un laboratorio privilegiado" (Pisarello, 2011:168). (Cfr. Cristi, 2000; Cristi y Ruíz-Tagle, 2014; Gargarella, 2014; Domènech, 2013; Klein, 2010; Harvey, 2007).

3. El sentido del Mayo francés en este contexto institucional.

Pero qué sentido tiene el Mayo francés en dicho contexto? De acuerdo a todo lo señalado, los años 60 eran años en los que parecía que la izquierda se comería el mundo. Castro, Allende, los sindicatos obreros cada vez más poblados y organizados, Bakunin (y no Arendt como hoy) es enseñado en las universidades, y ocurre finalmente lo que Kalecki había predicho: una

nueva generación se rebela contra el pacto de post guerra, un pacto – como ya se ha dicho- que permitió la estabilización del capitalismo, y que se construye más o menos sobre el siguiente relato: Uds. dejan de pensar en el socialismo o en la democracia industrial –democracia al interior de la gran empresa capitalista-, y les damos Estado de Bienestar, es decir, estabilizadores automáticos, blindaje de derechos sociales, vacaciones pagadas y todo ese tipo de derechos y elementos que consagran las constituciones democráticas europeas de post guerra (Domènech, 2014). Es decir, aparte de consideraciones técnicas de tipo político o administrativo o jurídico, como las señaladas por Pisarello,

el llamado Mayo francés fue en parte una respuesta al marco constitucional cesarista y excluyente que Charles De Gaulle había intentado poner en marcha con la Constitución de 1958, aboliendo el sistema proporcional y reemplazándolo por un sistema uninominal mayoritario de doble vuelta. La revuelta estudiantil y obrera con movilizaciones y ocupaciones de fábricas, era la señal de que el país ya no deseaba la tutela a la que se había entregado hasta entonces (Pisarello, 2011:162).

El mayo francés propuso más democracia; se quiso más, se quiso más democracia, se quiso más democracia fuera y dentro de la fábrica (participación económica, no sólo política o social territorial).⁴

Por otro lado, también quisiéramos recalcar el hecho de que desde nuestra perspectiva, es decir, desde la perspectiva general del presente escrito, el Mayo francés no fue únicamente una huelga intelectual de cuatro estudiantes adelantados que, en tono anarquista y leyendo a Lefebvre, Debord, Marcuse y Bloch, intentó poner sus reivindicaciones sobre la mesa

⁴ Ver “Para recordar: ¿Qué entiende Ud. por participación?”, artículo aparecido en la Revista Propositiones N° 28 del año 1998, páginas 12 a la 36, en donde se reproduce un diálogo publicado originalmente en la Revista Panorama Económico N° 271 (1972) entre sindicalistas y personeros políticos sobre la participación económica del pueblo en las decisiones y los resultados de las empresas públicas y privadas. Que retroceso hemos sufrido en estos últimos 40 años respecto de la idea de democracia!

de negociación gremial ante el gobierno universitario de turno,⁵ sino que en realidad fue una huelga de 12.000.000 de trabajadores que tuvo en vilo al presidente de la V República Francesa. Igual que el <otoño caliente italiano> y el <cordobazo argentino>, el Mayo francés fue un conjunto de movilizaciones de protesta popular que exigieron correr el cerco de lo posible en materia social y que representa el comienzo del fin de uno de los períodos de mayor algidez en cuanto a la disputa por los contenidos de la democracia, de la libertad y de la igualdad, de lo privado y de lo público, de la inclusión y la exclusión, pero también de mayor estabilidad y despliegue del capitalismo industrial: Su ciclo de oro (1945-1975). Sólo hay que recordar parte de la historia política del período para comprender cabalmente el estado de la lucha de clases en las economías capitalistas occidentales y los intentos del movimiento obrero y de los nuevos movimientos sociales por ampliar la ventana de oportunidad a la democracia. El movimiento de los derechos civiles y el movimiento obrero en los EEUU en los 60, por ejemplo, estaba siendo descabezado con un golpe de Estado en un país que estaba en plena efervescencia. Fue un golpe conformado por cuatro magnicidios: John Kennedy en 1963, Martin Luther King en 1964, Malcom X en 1966, y Robert Kennedy en 1968, un golpe contra el movimiento de los derechos civiles y contra el movimiento obrero norteamericano que estaba en pleno apogeo y que pone en el poder a Richard Nixon, presidente que lo primero que hace es barrer con Bretton Woods, acuerdo que da pie a lo que ahora llamamos la globalización y que, como sabemos, no es otra cosa que la desregulación completa de la economía mundial en base a la libertad de flujo plena del capital (Domènech, 2014).

⁵ Que también lo fue, como también tal vez haya sido el acto inaugural del bautizo oficial -o de la consolidación definitiva- de la idea de juventud como actor político relevante, por ejemplo, o la instalación de la subjetividad y la crítica estética al capitalismo industrial racionalista como ejes de nueva oposición. Al respecto, ver la idea de <romanticismo revolucionario> de Löwy, 2018. Según el autor, “fue una revuelta mental contra el estado industrial existente, tanto en contra de su estructura capitalista como del tipo de sociedad de consumo que creó”. Según el, el Mayo francés incorporaría una crítica económica social al *establishment fordista* pero también una crítica estética anticapitalista radical frente a la uni-dimensionalidad de la vida industrial estandarizante. Dimensión que en todo caso, habría sido cooptada en cierto sentido por el “nuevo espíritu del capitalismo, a través de su nuevo estilo de gestión, basado en los principios de flexibilidad y libertad, lo que ofrece una mayor autonomía en el trabajo, más creatividad, menos disciplina y menos autoritarismo”.

4. Reflexiones finales como excursus: La constitución mixta global y el constitucionalismo antidemocrático de fines del XX.

Si bien en la Europa continental de la post guerra, como también en la América Latina del período, en los primeros años hubo varios intentos por diseñar sistemas constitucionales con cierto carácter social, a medida que se fue avanzando hacia la década del ochenta, la década perdida, o la década de implantación del neoliberalismo, estos fueron perdiendo cada vez más intensivamente sus contenidos sociales originales. Para el liberalismo doctrinario se había instalado política y académicamente la idea que la intervención estatal ponía en riesgo la libertad individual de los particulares y la salud de los mercados privados. Había que poner el orden espontáneo de los mercados y la estructura de propiedad a resguardo del voto universal y la soberanía popular (la tiranía de la mayoría), lo que suponía recuperar los supuestos básicos del liberalismo doctrinario clásico y de los intereses previstos en el pensamiento elitista estándar. Se trataba, por tanto, de limitar la posibilidad de que la población mayoritaria, quienes trabajan con sus manos, se inmiscuyeran en las leyes autónomas de la ciencia económica abstracta y formalizada, poniendo a la idea del orden económico espontáneo por sobre la idea democrática de la justicia distributiva: Limitar la injerencia del parlamento y de la soberanía popular en la economía. A partir de los ochenta, las transformaciones tecnológicas propias de la producción industrial y post industrial (o deslocalizada) y el tamaño cada vez menor de las empresas (Sennett, 2006), fueron debilitando a nivel mundial, y dentro del *fordismo* o capitalismo organizado o reformado, las condiciones para la organización sindical del mundo del trabajo. El consenso de Washington, o la formalización académico - política de la rebelión de las élites a las regulaciones al capital, llega - despreocupándose del pleno empleo y centrada sólo en el crecimiento - consagrando una serie de medidas antiinflacionarias que exigen la contención de los derechos económicos y sociales conseguidos tras décadas de luchas sociales de carácter político y obrero. Estas vuelven a

retomar el sitio perdido tras décadas de repliegue en la hegemonía política y cultural ante el *keynesianismo* (en sus distintas versiones) decidiendo romper unilateralmente el contrato de post guerra. De hecho, dicha ruptura unilateral, comienza

a cobrar mayor visibilidad a medida que fue desplegándose el concepto conocido como "globalización". Este neologismo detectaba cambios importantes en las relaciones internacionales, como la vertiginosa financiarización de la economía propiciada por la aparición de nuevos soportes tecnológicos y por la revolución informática. Sin embargo, estaba lejos de describir un fenómeno totalmente novedoso. Más bien comportaba una suerte de reviviscencia del capitalismo pre reformado, mundializado y belicista de la *Belle Epoque* anterior a la Primera Guerra Mundial (Pisarello, 2011: 180).

De esta manera, el orden capitalista contemporáneo se funda en una Constitución que avala y da legitimidad a una economía global única basada en un derecho mercantil mundializado que tendrá como objetivo el de generar una plataforma hegemónica nueva, una Constitución mixta (en ciertos casos supraestatal) muy diferente a la Constitución social que rige los intercambios entre particulares durante casi todo el Siglo XX. En ella, se pueden reconocer la posición dominante de los intereses corporativos del gran capital financiero global (y sus referentes locales), y de los gerentes públicos y privados de las economías centrales o de algunas periféricas que disciplinadamente suscriben el nuevo pacto. Frente a este mercado peso oligárquico y anti democrático, el elemento democrático y social permanecerá subordinado. En nuestra América Latina, por ejemplo, estos mandatos tecnocráticos supranacionales van a acabar configurando una especie de *Lex mercatoria* global (o ley mercantil global) a la que las constituciones de los países deberán someterse (Pisarello, 2011). Constituciones garantistas como la brasileña, por ejemplo, fueron objeto de reformas o permanentes intentos de reforma para devaluar su sentido

social. Otros casos son Colombia, México, el Perú de Fujimori, la Argentina de Menem, o la propia Constitución del 80 de Guzmán y Pinochet en Chile, entre otros. En definitiva, habitamos al interior de arreglos institucionales basados en la recomposición radical de las relaciones de poder, en la restauración del poder de clase de las elites (Harvey, 2007) y en su versión bancario financiera. De esta manera, se repone el peso fundamental de la gran propiedad y de las libertades individuales en abstracto, reduciéndose el ejercicio de la soberanía popular a la mera comparecencia periódica a elecciones poco competitivas donde las alternativas programáticas ofertadas no tienen mucha diferencia entre sí: O liberalismo de derechas o liberalismo de izquierdas, situación que pone de relieve el enorme y devastador golpe a los procesos de democratización política y económica logrados por los movimientos políticos y sociales del último siglo y medio a nivel mundial y donde el Mayo francés tiene un lugar especial. Como vemos, el punto es que este nuevo constitucionalismo conlleva la des-democratización y la restauración de poderes conservadores que relegan autoritariamente a los componentes institucionales democráticos a niveles de subordinación vistos con anterioridad a la revolución constitucionalista de comienzos del Siglo XX: El retroceso.

Hemos venido transitando de la esperanza democratizadora, en un sentido distributivo, a la reacción social totalitaria del capital financiero bancario global. Hemos venido pasando desde la seguridad material y la renuncia democrática a la Constitución mixta des-democrática. Utilizando libremente las categorías de Keynes, hemos pasado de la <eutanasia del rentista> (consenso de postguerra, capitalismo de demanda) a la <venganza del rentista> (neoliberalismo, capitalismo de oferta). Y dicha modificación paradigmática ha venido de la mano con un proceso de reflujo de las luchas y de los resultados democráticos, que dicho sea de paso, con sus altos y bajos, no ha terminado desde aquel entonces hasta el día de hoy. Y ojo. Como bien señala Bowles (2004) en términos de diseño institucional, tanto el éxito como el fracaso son acumulativos.

Bibliografía.

Bowles, S. (2004). *Microeconomics, behavior, institutions and evolution*. Princeton: New Jersey, University Press.

Cristi, R. (2000). *El pensamiento político de Jaime Guzmán. Una biografía intelectual*. Santiago de Chile: LOM.

Cristi y Ruiz-Tagle (2014). *El constitucionalismo del miedo. Propiedad, bien común y poder constituyente*. Santiago de Chile: LOM.

Domènech, A. (2013). "Socialismo: ¿de dónde vino? ¿qué quiso? ¿qué logró? ¿qué puede seguir queriendo y logrando?". En M. Bunge y C. Gambetta. (Ed.), *¿Tiene porvenir el socialismo?* (pp. 71-124). Buenos Aires: EUDEBA.

(2014). Seminario denominado: "La tradición socialista, la herencia republicana y la crítica al neoliberalismo", dictado en UPLA (25, 26 y 27 junio 2014) y en Instituto IDEA – USACH (24 junio 2014). Valparaíso y Santiago de Chile. Inédito.

Gargarella, R. (2014). *La sala de máquinas de la constitución. Dos siglos de constitucionalismo en América Latina (1810-2010)*. Buenos Aires: Katz.

Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*, Barcelona, Akal.

Klein, N. (2010). *La doctrina del Shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Bolsillo Paidós.

Pisarello, G. (2011). *Un largo termidor. La ofensiva del constitucionalismo antidemocrático*. Madrid: Trotta.

Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Sur Propositiones (1998). "Para recordar: ¿Qué entiende Ud. por participación?". *Propositiones*, 28, 12 – 36.

Fuentes electrónicas consultadas.

López Arnal, S. (2003). "Entrevista político-filosófica a Antoni Domènech".

URL:

http://www.nodo50.org/redrentabasica/descargas/Entrevista_TD_def.pdf

(consultado en línea el 23/03/2018)

Löwy, M. (2018). "El romanticismo revolucionario de Mayo del 68". URL:

<http://www.sinpermiso.info/textos/el-romanticismo-revolucionario-de-mayo-del-68>

(consultado en línea el 03/05/2018)